

La razón polémica. Estudios sobre Bartolomé José Gallardo.
Coordinados por Beatriz Sánchez Hita y Daniel Muñoz Sempere.
Cádiz: Biblioteca de las Cortes de Cádiz, 2004, 543 págs.

En mis años de estudiante en la Universidad de California tuve el privilegio de asistir a varios seminarios de don Antonio Rodríguez Moñino, recién llegado entonces a Berkeley, y en ellos aprendimos, entre otras muchas cosas, cuán seminal había sido la labor de aquel Bartolomé José Gallardo, cuyo nombre algunos oían entonces por vez primera. Después de la muerte de don Antonio, el nombre de Gallardo sonó poco por las aulas universitarias hasta que Alejandro Pérez Vidal (1991, 1999 y 2001) le dio el puesto que se merece en nuestras letras. El presente conjunto de estudios está a cargo de destacados especialistas, y que se publica muy oportunamente, pues viene a ampliar los trabajos de Pérez Vidal, tiene un carácter reivindicatorio, tan necesario siempre en el caso del erudito extremeño, y abarca desde los aspectos más destacados de su vida y de sus obras hasta otros apenas estudiados hasta ahora por haber sido éstas últimas de difícil acceso. El libro está dividido en tres partes, la primera dedicada a cuestiones generales de biografía, pensamiento o carácter, la segunda, al Gallardo polemista y satírico y sus luchas literarias, y la última, a su labor erudita.

Por lo general se ha creído que en la desastrosa «jornada de San Antonio» del 13 de junio de 1823, los papeles de Gallardo fueron destruidos, aunque como ya sugirió en su día Foulché-Delbosch hubo más robo que destrucción y Francisco Calero afirma que el mismo Gallardo comenzó de inmediato gestiones que le permitieron recuperar materiales suficientes para redactor su *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*. Mesonero Romanos vio unos paquetes que contenían 150.000 papeletas destinadas por su autor a redactor un Diccionario autorizado de la lengua castellana que nunca vio luz y Calero se pregunta si podrán recuperarse esas papeletas algún día. Rodríguez Moñino, quien logró reunir bastantes papeles gallardianos, atribuía la desaparición o el extravío de muchos de aquellos al abandono en que quedaron tras la muerte de su autor en 1852. Calero divide los manuscritos de Gallardo en tres partes: 1) de carácter bibliográfico, en parte ya publicados; 2) epistolares, y 3) lexicográficos, estos dos últimos publicados parcialmente. Reseña los lexicográficos todavía sin publicar, e incluye fotocopias facsímiles de varias páginas manuscritas («Manuscritos lexicográficos de B. J. Gallardo», 447-462). Alejandro Pérez Vidal señala que la cantidad de materiales inéditos de Gallardo es «ingente» pero que la recuperación y reedición de aquellos textos publicados de los que no se habían localizado ejemplares, está casi concluida. Entre los papeles perdidos había muchas cartas y Pérez Vidal da un valioso índice cronológico de las conocidas hasta ahora, basándose en las publicadas, los

manuscritos, las transcripciones y las fotocopias que estaban en 1985 en la biblioteca de Rodríguez Moñino, quien preparaba una edición del epistolario («Materiales para los estudios gallardianos: el epistolario y algunos cabos sueltos», 33-75). A este epistolario contribuye Rafael Cabrera Bonet, con la publicación de diez cartas de Gallardo a su amigo Tomás García Luna, en Cádiz, e incluye algunos facsímiles («Varias epístolas inéditas de Bartolomé José Gallardo», 271-286).

Entre las obras menores que aparecieron impresas, Angel Romera Valero, da a conocer el texto de *El Panteón de El Escorial*, un poema atribuido a Gallardo por Alejandro Pérez Vidal, quien vio una edición de París (Librería Americana, 1830). Para Romera Valero fue compuesto en Londres en 1817 y tiene un contenido socio-político más marcado y una denuncia mucho más liberal y crítica que el poema del mismo nombre de Quintana. El presente estudio incluye el texto con notas («Un poema inédito de Bartolomé José Gallardo: *El Panteón de El Escorial*», 211-219). Daniel Muñoz Sempere ha estudiado el *Memorial en Defensa de las Poesías Póstumas de Don José Iglesias de la Casa*, un texto hoy rarísimo, que escribió Gallardo por encargo de su amigo el conocido impresor salmantino Francisco de Tójar. («Una apología de la Sátira: Estudio y Edición del *Memorial en Defensa de las Poesías Postumas de Don Jose Iglesias de la Casa*», 141-209). Otro volumen muy raro es *Consejos de un orador evangélico*, firmado por «Un amante de la oratoria sagrada», obra de Gallardo, según «consta de su puño y letra» en el ejemplar que poseyó Zarco del Valle. Aunque los críticos han debatido tanto la autoría de Gallardo como la participación en ella de otros, como Antonio Tavira, el sabio obispo de Salamanca, Beatriz Sánchez Hita da aquí una edición crítica del texto, desecha esta atribución y destaca la importancia de esta obra para el estudio de la ideología de Gallardo. Advierte también que Francisco de Tójar imprimió traducciones de atrevidas obras francesas cuyos nombres aparecen con frecuencia entre los de los libros prohibidos por la Inquisición, y que Tójar, cuñado de Iglesias, estuvo muy relacionado con el grupo intelectual salmantino de Meléndez Valdés, José Somoza, Gallardo, Quintana, Gallego, Marchena, Ramón de Salas y otros («*Consejos de un orador evangélico*: ¿traducción, compilación o quiscosa?», 337-425). También Joaquín Álvarez Barrientos, se ocupó de *Las letras letras de cambio, o los mercachifles literarios*, otro folleto raro, publicado en 1834 pero que no se distribuyó porque lo recogió la policía. («Las letras letras de cambio (1834), de Bartolomé José Gallardo, o la literatura como poder», 253-270).

*

Quienes estudian a Gallardo destacan el carácter vasto y fragmentado de su obra, así como su capacidad para dominar campos muy diversos. Según Valeriano Bozal, «cultiva géneros muy adecuados a este período de transición: el ensayo, la sátira, la parodia, el folleto polémico, el periodismo...pero tam-

bién la erudición gramatical y literaria, preocupado por la poesía popular no menos que por la gran literatura del Siglo de Oro» («Bartolomé José Gallardo, la sátira grotesca», 133-140). Pero tras la polémica del *Buscapié* con Adolfo de Castro, Gallardo fue objeto de una crítica adversa por parte de quienes no quisieron o no supieron reconocer sus méritos, encabezada por Menéndez Pelayo y sus discípulos, aunque Gallardo tuvo defensores como Cayetano Alberto de la Barrera, más tarde Sainz Rodríguez, Rodríguez Moñino y, en nuestros días, Pérez Vidal (Alberto Romero Ferrer y Yolanda Vallejo Márquez, «El testamento traicionado de Gallardo: Las cartas dirigidas desde el otro mundo a Don Bartolomé Gallardete de Lupianejo Zapatilla (estudio y edición)», 287-334).

Como resultado de esta visión negativa, se ha atribuido al estudioso extremeño una imagen de escritor contradictorio y raro. Pero Gallardo no fue un loco erudito ni un bibliófilo apartado de la realidad sino un espíritu formado en la Ilustración comprometido con la conflictiva realidad de su época. Su paradójica vida desborda cualquier intento previsible de encuadre y según J. Marqués Merchán, «Gallardo es un fraile estudioso del siglo XVII, y un republicano ardiente; es un entusiasta defensor de la libertad y el progreso, y es el primer enamorado de las costumbres arcaicas; es un espíritu generoso y grande; y un polemista acervo y caústico; es finalmente, un hombre que se encuentra fuera de su centro, que nació con dos siglos de retraso y con uno de antelación» (J. Marqués Merchán, cit. por González Troyano, 30). Gallardo escribió dentro de una tradición satírica que venía de tiempos medievales, de Quevedo y de Góngora, y que continuarían luego Miñano y Larra, y mostró que la vena sarcástica y burlesca era compatible con la literatura seria pero su enfoque polémico y satírico y su actitud corrosiva contaminaron negativamente su labor filológica y le acarrearón no pocos enemigos.

Como es sabido, en la primera mitad del siglo XIX Cádiz tuvo una identidad distinta a la del resto de la península, y una sociedad que se distinguió intelectualmente por su sentido de la discusión y del diálogo. La obra satírica de Gallardo habrá de estudiarse dentro de la acerba polémica ideológica y política entre liberales y serviles que tuvo lugar durante la guerra de la Independencia y las Cortes de Cadiz, y en muchas ocasiones no es fácil saber si aquellos enfrentamientos fueron solamente personales o tuvieron como fondo divergencias de ideología política.

Entre los escritos más tempranos de carácter satírico destaca el *Memorial en Defensa de las Poesías Póstumas de Don José Iglesias de la Casa*, estudiado y editado por Daniel Muñoz Sempere, en el que aparece ya buena parte de las ideas que luego encontraremos en otras producciones de Gallardo. Iglesias fue sacerdote, del grupo salmantino de Cadalso, Forner y Meléndez, y autor de poesías sagradas y laudatorias así como de otras de carácter epigramático y sa-

tórico que fueron las que le dieron fama. De las *Poesías* salieron dos ediciones a cargo de su cuñado Francisco de Tójar pero no la tercera pues fueron denunciadas a la Inquisición por «torpes e impuras» y provocar deseos sensuales en los jóvenes.

Gallardo era amigo de Tójar y dirigió a los inquisidores este *Memorial* (1803), un irreverente folleto satírico que provocó una reacción furiosa en ellos pues atacaba la decadencia de la oratoria sagrada, a las órdenes monásticas y al mismo criterio de quienes no habían sabido distinguir entre la letra y la intención de las *Poesías*. Estas censuras son representativas del pensamiento reaccionario a principios del XIX y contrastan con la ideología de Gallardo quien defiende aquí la poesía amatoria de Iglesias y la compara con la de otros autores clásicos castellanos, reproduce varios textos y forma con ellos una pequeña antología de la literatura erótico-burlesca, y hace una defensa del género satírico.

Muñoz Sempere señala que, por una parte, existía una corriente memorialística dirigida a la Inquisición que estuvo restringida a pequeños círculos pero que tuvo gran valor ideológico y, por otra, las sorprendentes coincidencias textuales que hay entre el *Memorial* y la *Contestación del autor del Diccionario Crítico Burlesco a la primera calificación de esta obra, expedida por la Junta Censoria de la Provincia Marítima de Cádiz* (1812).

El *Diccionario razonado, manual para inteligencia de ciertos escritores...* fue una publicación de carácter reaccionario que vio la luz en Cádiz en 1811 y alcanzó un éxito tan grande que en el mismo año se hizo una segunda edición. Gallardo dio pronta respuesta a sus enemigos políticos con su propio *Diccionario crítico-burlesco*, que alcanzó en breve más difusión que el anterior y que provocó numerosos escritos a cual más violentos. Del *Diccionario crítico-burlesco* se han ocupado aquí Marieta Cantos Casenave («Los cuentecillos del *Diccionario crítico-burlesco*: un punto de discordia y un clavo ardiendo», 427-446), Valeriano Bozal («Bartolomé José Gallardo, la sátira grotesca»,) y Gerard Dufour («El anticlericalismo de Gallardo», 89-112).

Según Cantos Casenave, «Cabría explicar la publicación del *Diccionario crítico-burlesco* como la consecuencia de un clima de hostigamiento servil que había acudido a la parodia mordaz, y a la invectiva para desacreditar no solo las ideas liberales sino cualquier sueño de libertad» (427). En esta guerra de ideas, su autor se sirvió de las mismas armas para contrarrestar la campaña montada por el bando servil para influir sobre la opinión pública con la diferencia, como advirtió Perez Vidal, de que muestra la superior inteligencia de Gallardo.

Para Valeriano Bozal, Gallardo es un ilustrado que cree en la virtud de la razón y establece una distinción radical entre el mundo del conocimiento y el de la ignorancia. En el *Diccionario* defiende una sociedad abierta en materia

de religión, política y costumbres frente a la cerrada de los enemigos de la Constitución. Gallardo ataca con dureza al fanatismo y su anticlericalismo forma parte de esta disyuntiva aunque distingue entre los buenos y los malos eclesiásticos. Como tantos otros liberales, criticó la corrupción de algunos miembros de la Iglesia, su apetito de poseer y su poco respeto al voto de castidad, sobre todo, por parte de los frailes. Está dentro de la corriente anticlerical satírica propia de Rabelais y del Arcipreste y comparte con Samaniego el combatir mediante la burla el poder económico y social y el ansia de dominación política del clero en nombre de la religión.

El género burlesco fue usado con frecuencia en el siglo XVIII para sermones satíricos o jocosos y en su *Diccionario* Gallardo comenta irónicamente algunas prácticas religiosas, supuestos milagros y falsas creencias aunque sin atacar nunca al dogma. Gallardo era anticlerical mucho antes de la Cortes de Cádiz y, al decir de Dufour, el anticlericalismo del *Diccionario* es fundamentalmente patriótico pues durante la Guerra de la Independencia la mayor parte del clero sirvió al Gobierno intruso y el refugiado en Cádiz se opuso tenazmente a las reformas y utilizó la religión para contrarrestar las medidas liberales decretadas por la mayoría de las Cortes. La reacción de los absolutistas contra el *Diccionario crítico-burlesco* fue espectacular: el famoso P. Francisco Alvarado calificó a Gallardo de «diablo, bestia, mulo», de insecto que debe ser aniquilado, y de cuya sustancia humana cabe dudar; para el periódico *El Censor General*, esta obra era el principio del fin de España, y los diputados serviles consiguieron que la Regencia encarcelase al autor y que su *Diccionario* fuera censurado e incluido en el *Índice*. Aunque Gallardo usó de las mismas armas que sus enemigos, el *Diccionario* le ocasionó numerosas complicaciones en su tiempo, y años más tarde, una crítica adversa.

*

Al comenzar la Guerra de la Independencia, los españoles se dividieron entre afrancesados y patriotas y estos últimos, como se hizo evidente ya en tiempos de las Cortes de Cádiz, en absolutistas y en liberales partidarios de la Constitución. La vuelta del «Deseado» trajo encarcelamientos y proscipciones, por un lado, y por otro, un florecimiento de las actividades de las sociedades secretas que conspiraban para propiciar pronunciamientos militares. Durante el Trienio la masonería se escindió en dos bandos, el de los moderados, y el de los exaltados, quienes tomaron el nombre de Comunereros pues su modelo fueron aquellos que combatieron el cesarismo en el siglo XVI. Esta reivindicación de las Comunidades alcanzó su apogeo durante el Trienio, tanto en las Cortes como en la prensa.

Gallardo perteneció a la masonería, pero Gil Novales, desmintiendo a Sáinz Rodríguez, afirma que sus ideas no sirvieron de base para la fundación de los Comunereros («Gallardo y las sociedades secretas», 113-129). A la maso-

nería de carácter moderado pertenecieron los antiguos josefinos, enconadamente combatidos por los exaltados y la enemistad ideológica se incrementó después del Trienio, cuando los ex-afrancesados colaboraron con el absolutismo y consiguieron empleos y honores. A juicio de Claude Morange que ha estudiado aquí la polémica que mantuvieron Gallardo y Miñano, «Pocos ejemplos habrá en ‘la república de las letras’ de enemistad tan feroz e irreductible como la que [les] opuso, durante más de medio siglo» (221). Ambos habían estudiado en Salamanca a fines del XVIII y estuvieron atraídos por los autores científicos contemporáneos franceses, sobre todo por Destutt de Tracy y Cabanis. Desde los comienzos de la Guerra de la Independencia, Gallardo destacó entre los patriotas de Cádiz mientras que Miñano formó parte del grupo afrancesado.

Cuando aquel volvió a España, al comenzar el Trienio, Miñano era ya famoso por sus *Lamentos políticos de un pobrecito bolgazán*, que provocaron infinidad de desavenencias y de ataques, tanto por parte de los absolutistas como de los liberales exaltados. Morange estudia detalladamente las polémicas entre los antiguos afrancesados quienes, al volver a España trataron de reintegrarse a la vida política, y los exaltados, que les rechazaron y llegaron a convertirse en sus enemigos mortales. El órgano de los primeros fue *El Censor* y *El Espectador*, el de los liberales.

La publicación de una carta de Miñano en *El Censor* en la que criticaba al ayuntamiento de Madrid, fue denunciada como subversiva e injuriosa y sometida a la opinión de un jurado del que formaba parte Gallardo, quien la calificó negativamente. El resentimiento y el afán de venganza de Miñano contra Gallardo y los demás jueces duró toda su vida y dio lugar a una sucesión de polémicas y panfletos.

Curiosamente, Gallardo, que tan famoso había sido en tiempos de las Cortes, apenas escribió nada durante el Trienio mientras que Miñano, apenas conocido hasta entonces, desarrolló una gran actividad publicista. De la nueva situación de Gallardo sería hartos indicativo el despiadado retrato aparecido en la *Galería en miniatura de los más célebres periodistas, folletistas y articulistas de Madrid* (1822): «Ayer el César de la literatura gaditana, hoy el Belisario de la madrileña, allí celebrado, aquí escarnecido, verdugo entonces, víctima ahora» («De palos, bofetones, palmetazos y demás zurribandas: Gallardo y Miñano», 221-252).

Después del Trienio los antiguos afrancesados formaron un poderoso grupo patrocinado por el ministro de Hacienda López Ballesteros, quienes «no solo ocupaban altos puestos y alcanzaban comisiones lucrativas, sino que se veían ampliamente sostenidos y remunerados por la publicación de sus obras literarias» (citado por Joaquín Álvarez Barrientos, «Las letras de cambio (1834), de Bartolomé José Gallardo, o la literatura como poder», 260).

Y según Mesonero Romanos, el panorama político-cultural en 1827-28, tan solo mostraba a Clemencín, Arriaza, Navarrete y algún otro que representaban débilmente las ideas de la Ilustración.

En cambio, Gallardo vivió unos diez años de penalidades y persecuciones y su odio a los afrancesados se manifestó en los ataques y en las enconadas polémicas personales que mantuvo con algunos de ellos. En su estudio sobre el folleto *Las letras letras de cambio, o los mercachifles literarios*, Alvarez Barrientos destaca que Gallardo había atacado a Miñano, a Lista y a Reinoso en *Cuatro palmetazos bien plantados por el Dómine Lucas a los Gaceteros de Bayona*, y que en 1834, hizo de nuevo blanco de sus iras a Estala, a Lista, a Miñano y a Javier de Burgos. En esta ocasión les acusaba de hacerse una reputación de escritores sin escribir y de enriquecerse con las letras aprovechándose del trabajo de los demás.

Gallardo mantuvo su postrera batalla con el joven erudito gaditano Adolfo de Castro, quien en 1848 dio a la imprenta el *Buscapie*, un supuesto opúsculo cervantino, escrito en defensa de la primera parte del *Quijote*, cuyo manuscrito afirmaba haber localizado el mismo Castro en una librería de San Fernando. Este fraude, como señalan Romero Ferrer y Vallejo Márquez, «venía a engrosar la fuerte tradición de los apócrifos y falsificaciones literarias de los siglos de oro pues desde la publicación de los falsos cronicones en el siglo XVI se puede rastrear esta costumbre de imitar documentos que parecían existir desde tiempos antiguos para presentarlos al público como auténticos» (294). Gallardo advirtió que se trataba de una falsificación y en su correspondencia con Domingo del Monte, le advertía que «El Buscapie, amigo mío, es un pastucho, crudo, indigesto i asqueroso, amasado por las manos zopas i puercas de Adolfo de Castro». Escudándose en el seudónimo de Lupián Zapata (Lupianejo Zapatilla, como le llamó Gallardo), Castro publicó en *La Tertulia* de Cádiz y en *La Ilustración* de Madrid cuatro *Cartas dirigidas desde el otro mundo a Don Bartolo Gallardete por Lupianejo Zapatilla*, tan insultantes como satíricas. Y en 1851 dio a la imprenta las *Aventuras literarias del iracundo extremeño Don Bartolo Gallardete escritas por Don Antonio de Lupián Zapata (la horma de su zapato)*. Adolfo de Castro y otros amigos como Estébanez Calderón y Cánovas del Castillo comenzaron una campaña de desprestigio para ridiculizar la vida y la obra de Gallardo y la polémica duró entre 1850 y 1852; como en otras ocasiones se convirtió en una lucha personal y tan solo dio fin con la muerte del bibliófilo extremeño en 1852. El *Buscapie* continuó atribuyéndose a Cervantes hasta que en 1856 Cayetano Alberto de la Barrera publicó *El Cachetero del Buscapie. Resumen del hecho i de las razones críticas que evidencian la falsedad de El Buscapie de D. Adolfo de Castro y otro tal que desmintio en el pasado siglo*; y en 1976 Fernández Nieto lo publicó como obra de Castro.

De otros aspectos del quehacer erudito de Gallardo se ocupan Manuel Ravina Martín y Manuel Rivas Zancarrón. El primero estudia la intervención de Gallardo en la catalogación y venta de la selecta biblioteca de Juan Nicolás Bohl de Faber, formada por un millar y medio de libros españoles de los siglos XVI y XVII, muchos de ellos rarísimos. Bohl dejó por herederos a su esposa y a sus cuatro hijos, aunque una cláusula del testamento especificaba que los libros españoles se regalasen a la biblioteca pública de Hamburgo, y que los manuscritos fuesen a su hija Cecilia. Las diferentes interpretaciones de esta cláusula dieron lugar a una enrevesada historia en la que reclamaban los libros, por una parte, el ayuntamiento de Hamburgo y el cónsul, y por otra, el jefe político de Cádiz, una Comisión científica y artística provincial y el Ministerio de la Gobernación, que se negaban a que saliesen de España. Finalmente, la familia llegó a un acuerdo con el gobierno español, gracias a las gestiones de Bretón de los Herreros, director entonces de la Biblioteca Nacional, y de Fermín de la Puente y Apezchea, íntimo de Fernán Caballero. El asunto había sido estudiado antes por Pitollot, por Heineman y por Santiago Montoto pero Ravina Martín amplía aquellos datos basándose en documentación hallada en el Gobierno Civil de Cádiz que revela cómo Gallardo, además de participar en las gestiones fue encargado de formar el catálogo de la biblioteca sobre el que se basaron para tasarla («Bartolomé José Gallardo y la biblioteca de Juan Nicolás Bohl de Faber», 509-528). Finalmente, Rivas Zancarrón, examina aquí los conocimientos de Gallardo en materia de lingüística y cuales fueron las fuentes de sus originales contribuciones en este campo, comenzando por sus sólidos conocimientos del latín. La ideología positivista y experimental impulsada por Locke, fue modificada por Condillac y llegó a España difundida por Destutt de Tracy. Gallardo no pretendió explicar los distintos fenómenos gramaticales de la lengua española sirviéndose del contraste con otras lenguas como podría entenderse en la gramática general sino que aplicó la filosofía sensualista a sus reflexiones gramaticales («El Dómine Lucas: el *alter ego* de un lingüista en fáfara», 463-507).

*

El presente estudio constituye un espléndido homenaje al autor del *Diccionario crítico-burlesco*, quien dedicó su vida a las letras en circunstancias personales y políticas hartamente difíciles. González Troyano destaca que «fue uno de los pocos escritores españoles para quienes Ilustración y Romanticismo, ideario radical y patriótico interés por ciertas tradiciones españolas componían matices sin fisuras de un mismo movimiento»(22) así como su capacidad para llevar a cabo actividades que normalmente habrían requerido a varios individuos, y su extraordinaria tarea de investigador en tiempos en los que éste había de ser también bibliófilo pues ni había colecciones de clásicos ni otras bibliotecas accesibles que las particulares («Diversidad y ruptura en las aficio-

nes literarias de Bartolomé José Gallardo», 19-31). Y la Unión de Bibliófilos Extremeños ha declarado a Gallardo justamente su patrono (Joaquín González Manzanares, «Bartolomé José Gallardo, Patrono de la Unión de Bibliófilos Extremeños (U. B. Ex.)», 77-88).

Esperemos que este volumen confirme de manera definitiva la reputación de Bartolomé José Gallardo, «un intelectual de primera, un político claro y un hombre de letras de amplias miras y extraordinaria proyección en los estudios filológicos, historiográficos y bibliográficos» (Romero Ferrer y Vallejo Márquez, 289).

Los diversos trabajos, coordinados por Beatriz Sánchez Hita y Daniel Muñoz Sempere, destacan por su alto nivel y contribuyen a dar una amplia visión de la sociedad y del ambiente intelectual y político en el que se desarrolló la vida de Gallardo, y hacen de este libro una indispensable obra de consulta. Hay un índice onomástico.

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA
THE OHIO STATE UNIVERSITY